



Los signos de la predicación en I Corintios según San Juan Crisóstomo¹

No es posible abordar el tema de la predicación del Evangelio, sin plantearnos la cuestión de los signos. No es la sabiduría humana la que acompaña a la predicación apostólica, ni los razonamientos ni la elocuencia del filósofo los instrumentos de que se vale el predicador para anunciar el mensaje del Evangelio. Esto queda suficientemente claro con la simple lectura de la I.^a Carta de Pablo a los Corintios que estamos estudiando y esto es lo que, de forma insistente y reiterada, nos dice San Juan Crisóstomo a través de sus Homilías a esta Carta.

Por eso no podemos eludir la cuestión, si no queremos dejar incompleto nuestro trabajo, de cuál es realmente, según la doctrina de Pablo y el pensamiento de nuestro Autor, el apoyo, la fuerza, el aval, podríamos decir, de que se sirve el predicador para hacer válido y eficaz su anuncio del mensaje evangélico.

Para el Autor de la I.^a Carta a los Corintios, la cuestión planteada se responde sin equívocos ni ambigüedades: ante las demandas de los judíos y de los griegos, Pablo sólo tiene una respuesta, Cristo crucificado². De esta manera, a unos que piden signos, se les ofrece un signo, que es escándalo; y a otros que piden sabiduría, se les ofrece el mismo signo,

¹Este Artículo corresponde al capítulo III de mi Tesis Doctoral defendida en el Ateneo Romano de la Santa Cruz de Roma el día 13 de noviembre de 1991.

²1 Cor 1, 22-24: «Los judíos piden signos (σημεία), los griegos buscan sabiduría (σοφία), mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo (σχάνδαλον) para los judíos, necedad (μωρία) para los gentiles, mas poder (δύναμις) y sabiduría de Dios (σοφία του Θεου) para los llamados, ya judíos ya griegos».

que para ellos es necesidad. Sin embargo este único signo, Cristo crucificado, es fuerza y sabiduría de Dios para los creyentes.

La doctrina, pues, de Pablo y que el Crisóstomo nos explicará con su ya conocido vigor y elocuencia, es clara y directa en este tema: más que de signos, él habla de signo. Y, tanto Pablo como el Crisóstomo, cuando hablan de signos, en plural, no se refieren sino a distintas manifestaciones que, a veces, acompañan la predicación apostólica. Pero que, ni se dan siempre, ni siempre son necesarias. No así en cuanto al verdadero signo: Cristo crucificado. Este sí que es predicado y en su sabiduría y por su poder es anunciado el Evangelio.

Tanto en el griego clásico como en la versión de los LXX, σημεῖον es el signo percibido directamente por medio del cual se reconoce a una persona o una cosa determinada. Puede tener, además, la connotación de hecho extraordinario o milagroso³.

En el Nuevo Testamento aparece también esta misma significación del término σημεῖον concretamente en Lc 2,34, donde el anciano Simeón dice a María que Jesús «está puesto... como signo al que se contradice» (εις σημεῖον ἀντιλεγόμενον). Es, como vemos, la persona de Jesús, como la del profeta en el Antiguo Testamento, la que se ofrece como signo.

Los lugares del Nuevo Testamento, incluido San Pablo, en que aparece la expresión σημεῖον, la emplean en el doble sentido del que hemos hablado anteriormente: signo o signo milagroso⁴.

El Crisóstomo entiende por el término σημεῖον el signo con unas características determinadas que a continuación vamos a ver brevemente.

En sus Homilías al Evangelio de San Mateo dice:

«El signo debe superar el curso normal de las cosas, debe ser insólito, extraordinario»⁵.

Y, más adelante, en otra Homilía al mismo Evangelio afirma:

«Es necesario que el signo se salga del orden común, que sea insólito e inesperado, de manera que sea significativo para cada uno de los que lo ven y lo oyen»⁶.

³Cfr. O. HOFIUS, σημεῖον en DCBNT, 1008-1012.

⁴Mt 26, 48; 2Thes 1, 37; Lc 212; Ioh 2, 11.18.23; Act 4, 16.22;8, 6; ICor 1, 22.

⁵SAN JUAN CRISOSTOMO, *Hom in Mt* 1, 23, (PG 57, 57).

⁶*Ibidem.* (PG 57, 83-84).

Podemos, pues concretar como elementos característicos del σημεῖον, en opinión de nuestro Autor:

- que sea un hecho insólito
- que supere el orden normal de las cosas
- hecho por Dios
- en orden a despertar la fe.

Para el Crisóstomo, los hechos en los que se dan estos elementos son las profecías y los milagros; esto como primer paso. Después nos dirá que es el testimonio de vida del predicador el que da credibilidad a su predicación, para concluir presentándonos el hecho innegable de la obra realizada en todo el mundo por la predicación apostólica, como el signo definitivo y evidente de la presencia de la σοφία y de la δύναμις divinas en el anuncio del Evangelio.

1. El signo de la predicación: la cruz

San Juan Crisóstomo, a través de sus Homilias sobre la Primera Carta paulina a los fieles de Corinto, va desarrollando su pensamiento sobre el sentido, valor, alcance, etc. de la cruz como signo de la predicación apostólica, además de ser también su contenido.

San Pablo, como ya hemos visto, de forma inequívoca y en distintos lugares del texto, pone la cruz como signo de la predicación. Comentando uno de éstos⁷, el Crisóstomo dice:

«Hemos venido a ser como desecho del mundo: Desecho, no de vuestra ciudad sino del mundo. Y de nuevo: como estropajo de todos; no solo vuestro sino de todos. Pues es como cuando habla de la defensa de Cristo, pasando por alto la tierra, el cielo y toda cosa creada, coloca en el centro (εν μέσῳ) la cruz, así, cuando quiere atraérselos hacia sí, prescindiendo de los signos (τὰ σημεῖα παραδρομῶν), habla de lo que sufrió por ellos»⁸.

Con este estilo directo que es tan peculiar del Apóstol y del Crisóstomo, comenta éste la atrevida frase paulina: «hemos venido a ser ahora

⁷ICor 4.13

⁸SAN JUAN CRISOSTOMO, *Hom in ICor XIII* (PG 61, 108). En adelante siempre que citemos las Homilias del Crisóstomo a la I Corintios lo haremos con la abreviatura Hom, seguida del número de orden de la misma y el número correspondiente de la página del Migne.

como desecho del mundo». Y coloca la actitud del predicador-Pablo en perfecta sintonía con el mensaje del Evangelio: cuando habla de Cristo, ¿qué hace? Prescindiendo de toda cosa creada, «coloca en el centro la cruz». Aparte de todo razonamiento o demostración humanas; por encima de cualquier tipo de elocuencia o sabiduría terrenas; lo que realmente se ha de presentar a quien se desea atraer a la fe es a Cristo crucificado. Este es el signo válido y eficaz que legitima la verdad de la predicación; y cualquier otra cosa, o cualquier otro signo que se presente, o tiene su fuerza y valor en virtud del signo de la cruz, o realmente es ineficaz e inútil. Por eso comenta el Crisóstomo que Pablo, poniendo su persona y ministerio apostólico en sintonía con el contenido esencial del mensaje que él anuncia: Cristo crucificado, «cuando quiere atraerlos hacia sí», cuando quiere que le reconozcan como legítimo predicador del Evangelio y, por consiguiente, acepten su mensaje, «prescindiendo de los signos, habla de lo que sufrió por ello», que viene a ser un signo más verdadero.

Por eso la cruz no es un obstáculo para la predicación; al contrario, es la fuente de su eficacia. Como veremos en el texto siguiente, el Crisóstomo distingue lo que es la cruz realmente, y en este sentido describe sus efectos en la predicación; y lo que «parece ser», tanto para griegos como para judíos:

«La cruz, pues, parece que es un hecho escandaloso y, sin embargo, no sólo no es estorbo, sino que atrae. Pensando esto y pasmado Pablo decía: La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina es más fuerte que la fuerza de los hombres»⁹.

«La cruz... atrae», y esto lleva al mismo Pablo a quedar maravillado-«pasmado» (ἐχπλαγῆις) de lo que ha podido comprobar él mismo en el ejercicio de su ministerio: que «la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad divina es más fuerte que la fuerza de los hombres». Su conciencia y su experiencia de Apóstol le lleva a proclamar con fuerza que la cruz no es lo que «parece», según la opinión de muchos. De ahí que el Crisóstomo precise muy bien la expresión, como vemos en este texto que estamos analizando.

Afirma nuestro Autor que «la cruz parece que es un hecho escandaloso». Y esto, según la opinión de los que se acercan a ella con la sabi-

⁹Hom IV, 34.

duría humana y como sabios y filósofos, o desean ver, como garantía de la predicación, señales y prodigios humanos.

Ciertamente, vista la cruz desde esta perspectiva, es de todo punto inaceptable. El anuncio que proclama la predicación apostólica nos habla de un Dios que se hace hombre¹⁰ y que «demuestra su amor hacia nosotros en que, siendo todavía pecadores, Cristo ha muerto por nosotros»¹¹. Todo esto es verdadera necedad y, por consiguiente, motivo de escándalo, para una mentalidad pagana: Dios no puede amar; Dios no puede tener compasión, porque no puede tener ninguna pasión (πάθος), ya que Dios es por esencia, impassible, apático (ἀπαθής). Así hablan las principales voces de los pensadores griegos, como Platón y Aristóteles¹², los Estoicos¹³, etc. Para la mentalidad pagana la muerte en cruz es vergonzosa e infame¹⁴.

No supone, pues, ninguna exageración la afirmación de Pablo en su Carta, al calificar la cruz como escándalo y necedad. Sólo se hace eco de los datos de la cultura pagana y aporta la experiencia que le había proporcionado su ministerio apostólico.

Pero veamos cómo, a continuación, niega el Crisóstomo esta opinión del mundo pagano y afirma el verdadero valor de la cruz como signo de la predicación:

«Al decir necedad y debilidad, se refiere a la cruz indicando, no lo que es, sino lo que parece ser; y responde según la opinión de ellos: pues lo que no pudieron hacer los filósofos por medio de silogismos, lo consiguió lo que parecía una necedad»¹⁵.

Es clara la doctrina de nuestro Autor. No comparte, lógicamente, la mentalidad pagana respecto a la cruz, antes bien la declara falsa: la cruz no es escándalo, ni necedad, ni debilidad, sino que afirma abiertamente que la cruz es sabia y fuerte, capaz de atraer y de convencer.

De este modo, para los oyentes de la predicación apostólica, ésta apa-

¹⁰Cfr. Ioh 1, 14

¹¹Rom. 5, 8.

¹²PLATON, FILEBO, Obras Completas. Espasa Calpe, Madrid 1932, 60 c. ARISTÓTELES, *Grande Ética*, 2, 11, 1208 b.

¹³DIOGENES LAERTIUS, *Vitae Philosophorum*, Oxonii 1966, ed. typ. Clarendoniano, 7, 110. PLUTARCUS, *De virtute morali*, Opera Omnia graece et latine, 5 vol., Parisiis 1841-1855, Didat, vol. 3: Scripta Moralia, 10.

¹⁴Cfr. CICERO, *Orationum Volumen primum*, In Verrem, apud Ant. Gryphium, Lugduni 1582, 2, 64, 165. TACITUS, *Opera quoad extant, ex fide optimorum librorum accurate recensuit* C. H. Weise, Ottonis Holtze, Lipsiae 1874-1882, vol II: Historiarum Libri V, 4, 3, 11.

¹⁵Hom. IV, 34-35.

recía, no sólo desprovista de signos, sino incluso con algo que se les ofrecía como signo, pero que, para ellos era todo lo contrario del signo. Sin embargo, en esto está la fuerza del signo: en que viéndolo así, muchos, no sólo no lo rechazaban, sino que se sentían atraídos por él y aceptaban la fe. Al contrario de aquellos que, partiendo de una sabiduría «ateístamente autónoma» o de la «autosuficiencia humana» de las obras según la Ley¹⁶, pretendían alcanzar la verdad y la salvación rechazando con lógica humana el signo contradictorio que se les ofrecía a través de la predicación apostólica: la cruz.

Oigamos de nuevo al Crisóstomo:

«Del mismo modo que si, al que es arrojado en medio de las olas del mar y ansía encontrar el puerto, pudieras hacer que, agradecido, te siguiera, no mostrándole el puerto, sino otra parte más enfurecida del mar; o si el médico se atrajera a sí al enfermo que desea la medicina, no con fármacos, sino hiriéndole de nuevo, prometiéndole que así sanará: esto indicaría un gran poder (δυνάμεως); así los Apóstoles vencieron, no sólo sin señales (σημείων), sino incluso por medio de aquello que parecía contrario a los signos (σημείοις). ¿Qué fue lo que hizo Cristo con el ciego? Pues queriéndole curar, quitó la ceguera con lo que propiamente la aumentaba: poniéndole barro. Por lo tanto, igual que sanó al ciego por el barro, así guió al mundo por medio de la cruz: lo que era ocasión de escándalo (σχάνδαλον), no ausencia de escándalo»¹⁷.

No son los signos que piden los judíos ni la sabiduría que buscan los griegos el medio apto para que penetre el Evangelio en la vida de los hombres. Esto solo lo llevará a cabo el «poder de Dios», que se presentará tanto más evidente e innegable, cuanto más desproporcionado sea el medio que lo transmite y más contradictorio el signo que lo garantiza. Por eso San Pablo rechaza «la sabiduría de este mundo»¹⁸, declarándola inútil para la transmisión del Evangelio y sólo presentará, como signo que avale la verdad de su predicación, la cruz de Cristo que es «poder de Dios para los que se salvan»¹⁹.

Y es en esta línea en la que insiste el Crisóstomo, exponiendo, de un

¹⁶Cfr. M. ADINOLFI, *Cristo crocifisso, stolteza per i pagani*, en *La sapienza della croce oggi I*, Elledici, Torino-Leumann 1976, 21-32.

¹⁷Hom IV, 34.

¹⁸I Cor 1, 20.

¹⁹I Cor 1, 18.

modo incluso más agudo, si es que esto es posible, el pensamiento de San Pablo. Su doctrina no ofrece dudas: «los judíos piden signos», mas los Apóstoles, siguiendo el ejemplo de Cristo, no sólo no les ofrecen los signos que piden, sino todo lo contrario: «lo que era ocasión de escándalo», la cruz de Cristo.

Este fue el modo de proceder de Cristo. En todos sus milagros aparece una gran desproporcionalidad entre los medios humanos empleados y los efectos que se consiguen. Y, en no pocos, esta desproporción se hace contradictoria. De esta manera queda patente que el efecto obtenido sólo se debe al poder de Dios, quien se vale de los medios humanos o materiales, no para que faciliten su acción divina, sino para que expresen con toda claridad que sólo la intervención de Dios hace posible tal o cual efecto milagroso.

El Crisóstomo sintetiza lo dicho con las siguientes palabras:

«Pues yo vine a vosotros no diciendo otra cosa que Cristo había sido crucificado. Y de todos ellos me libré, porque la fuerza de aquel que es predicado es signo inefable (ὅ τῆς τοῦ χηρυττομένου δυνάμεως σημεῖόν ἐστιν ἄφορον)»²⁰.

Como claramente lo dice nuestro Autor, es la cruz lo que se predica; es la cruz la fuente de la fuerza de la predicación y, como consecuencia, es la cruz el «signo inefable» que atestigua el carácter divino de la predicación.

San Pablo, pues, predica a Cristo Crucificado»²¹ éste es el único signo que él puede ofrecer como garantía válida de su predicación. Con esto sólo hace seguir la doctrina de Cristo, quien, para demostrar el carácter mesiánico de su persona y de su misión, sólo ofrece la señal de Jonás²², en la que se hace referencia a su muerte.

A la vista de los signos que ofrecen, tanto Cristo como los Apóstoles, para avalar su doctrina, concluye el Crisóstomo que «la predicación no es humana» (οὐχ ἔστιν ἀνθρώπων τὸ χήρυγμα). Porque es humanamente desconcertante que, empleando signos contradictorios que más bien son ocasión de escándalo, convengan a sus oyentes y les hagan aceptar, sin violencia ni coacción, la salvación que les viene por la ignominia de la cruz. Pero oigamos las palabras con que el Crisóstomo expone esta idea:

²⁰Hom VI, 48-49.

²¹I Cor 1, 23.

²²Cfr. Mt 12, 38-41; Lc 11, 19-32.

«Estas palabras²³ encierran una gran sabiduría, pues quiere decir cómo Dios vence por cosas y cómo la predicación no es humana. Esto es lo que quiere dar a conocer: cuando decimos a los judíos: creed, ellos responden: resucitad a los muertos, sanad a los endemoniados, mostradnos signos. Y nosotros ¿qué diremos a esto?: Fue crucificado y muerto aquel a quien predicamos. Esto podría, no sólo no atraer a los que no quieren, sino también alejar a los que quieren. Sin embargo, no aleja, sino que atrae, retiene y vence. Por otra parte, los griegos nos piden elocuencia y sofismas. Sin embargo nosotros también a estos predicamos la cruz: y lo que para los judíos parece debilidad, para los griegos parece necedad. Mas cuando no sólo no ofrecemos aquello que piden, sino que incluso damos todo lo contrario, entonces la cruz no sólo no parece que sea signo, sino que, si se examina con la razón, parece la negación del signo: y no sólo no se ve demostración de poder, sino prueba de debilidad; y no sólo no hay manifestación de sabiduría, sino motivo de ignorancia, pues cuando buscan signos y sabiduría, no sólo no reciben lo que piden, sino que oyen todo lo contrario a lo que desean y así, por el contrario, se convencen. ¿Cómo no decir que es inefable el poder de Aquel que es predicado?»²⁴.

Esta es, pues, la fuerza del signo: que siendo por su propia naturaleza incapaz, o mejor, obstáculo para conseguir el fin que se pretende, sin embargo, al ser empleado en virtud de Aquel cuyo nombre se predica, produce los efectos más sorprendentes y provoca las reacciones más desconcertantes.

Nos parece de la mayor importancia dejar claramente expuesto el pensamiento del Crisóstomo a este respecto. Para él, san Pablo sólo acepta como signo válido de su predicación «el escándalo de la cruz» y como tema de su predicación a «Cristo crucificado». No importa que esto vaya en contra de lo que piden y esperan tanto los judíos como los griegos, porque el poder del signo no está en el poder del signo mismo, sino en quien o en nombre de quien se utiliza; o sea, la cruz, por sí sola, no sólo no sirve para atraer y convencer, sino que aleja y escandaliza a los oyentes; pero la cruz, en cuanto que fue utilizada por Cristo como medio de salvación para los hombres, es «poder y sabiduría de Dios»²⁵.

²³I Cor 1, 22-24.

²⁴Hom IV, 33.

²⁵I Cor 1, 24.

El contraste que se da entre el signo que el Apóstol presenta en su predicación y los signos que esperaban y exigían sus oyentes, tiene un claro antecedente en la predicación de Cristo, incluso con sus mismos discípulos. Cuando Jesús anuncia su pasión²⁶, es Pedro quien se resiste a aceptar el signo que su Maestro les presenta, porque, según dirá el mismo Cristo, no siente las cosas de Dios, sino las de los hombres».

Por eso nos ha dicho el Crisóstomo que «la cruz, si se examina con la razón, parece la negación del signo». Desde una visión puramente humana, la cruz carece de valor y la predicación apostólica es una necesidad. Pero todo cambia cuando se mira desde otra perspectiva: la perspectiva de Dios.

Es, pues, «la fuerza de Dios» la que, obrando a través del «escándalo de la cruz», hace eficaz el signo y, por lo tanto, salvadora la predicación.

2. El signo del apostolado: «la obra del apóstol»

Hay un aspecto esencial del concepto de signo que aún no hemos mencionado, al menos explícitamente, en la exposición de la doctrina de San Juan Crisóstomo. Para que el signo sea realmente tal es necesario que sea, de alguna manera, visible: en sí o en sus efectos, porque la visibilidad va siempre inherente al carácter del signo.

Y ahora podemos preguntar: ¿dónde está la visibilidad del signo de la cruz empleado en la predicación apostólica?

Los contemporáneos de Cristo, al menos algunos, pudieron ver a Cristo muerto en el Calvario o saber, con toda garantía, que le habían crucificado²⁷. Los discípulos le vieron resucitado y subir a los cielos. Pero ¿y Pablo? Y, sobre todo, ¿cómo aparece la visibilidad del signo para San Juan Crisóstomo y sus oyentes o, lo que es lo mismo, para el hombre de nuestro tiempo?

Procedamos ordenadamente en la exposición del pensamiento de nuestro Autor.

El predicador anuncia el mensaje y dedica su tiempo, sus energías, su vida entera a realizar su trabajo apostólico. Esto es, por supuesto, indispensable; pero ¿está en esto la visibilidad del signo que acompaña a la predicación para que ésta sea reconocida, creída y aceptada? ¿Es suficiente que el predicador anuncie fielmente el mensaje recibido y que, con el testimonio de su vida, testifique la verdad de lo que anuncia, para

²⁶Cfr. Mt 16, 21-23; Mc 8, 31-39; Lc 9, 22-27.

²⁷Cfr. Lc 24, 18 ss.; Ioh 18, 15:19, 25 ss.

que así la predicación se presente con la visibilidad del signo que la autentifica?

Sigamos el pensamiento de San Juan Crisóstomo en este tema y descubramos con él lo que Pablo nos dice al hacer en su Carta lo que podríamos llamar su defensa personal²⁸:

«¿Qué, pues, si aunque seas apóstol y libre y hayas visto a Cristo, si no muestras ninguna obra de apóstol (οστόλου ἔργον), cómo debes considerarte? Por eso, a continuación, añade: ¿No sois vosotros obra mía en el Señor (ὄ τὸ ἔργον μου ἦμεῖς ἔστε ἐν Κυρίῳ)? Esto ciertamente es importante: pues aquellas cosas, sin ésta, de nada sirven. Pues Judas era apóstol y libre y había visto a Cristo, pero, porque no tuvo la obra de apóstol de nada le aprovecharon. Por eso añade esto y los cita como testigos. Y porque había hablado de algo muy importante, mira cómo lo corrige diciendo: en el Señor, esto es, es obra de Dios, no mía (τοῦ Θεοῦ τὸ ἔργον ἐστὶν οὐχ ἐμὸν)²⁹.

Para el Crisóstomo ser apóstol y libre y haber visto a Cristo «es ciertamente importante», pero si no hay «obra de apóstol», todo aquello «no sirve de nada» (οὐδὲν ὠφελεῖ). Y para dejar su pensamiento más claro pone el ejemplo de Judas.

Pero, ¿qué quiere decir el Crisóstomo con esta expresión ἀποστόλου ἔργον?

Ya en este texto nos ofrece dos elementos muy valiosos para entender su pensamiento: por una parte dice que su obra «sois vosotros», es decir, los corintios, aquella comunidad cristiana a la que él había predicado el Evangelio y a la que dirigía su Carta. Mi obra, viene a entender el Crisóstomo, es vuestra comunidad que se reúne en Corinto. Por eso, y este es el segundo elemento, nos hace ver nuestro Autor que no se trata de una obra suya, sino ἐν Κυρίῳ, porque como fruto de su predicación es Dios el que da la eficacia.

De ahí que, cuando continúa Pablo diciendo: «Si para otros no soy apóstol, para vosotros sí lo soy»³⁰, comenta el Crisóstomo:

«No me refiero a las cosas importantes que hice ante otras gentes,

²⁸1 Cor 9, 1.

²⁹Hom XXI, 171.

³⁰1 Cor 9, 2.

sino a aquellas de las que sois testigos. Por lo tanto, si no por otros motivos, convenía muchísimo ser recibido por vosotros; sin embargo, por quienes más me convenía ser recibido (fui vuestro doctor), por éstos no fui recibido³¹.

La queja del Apóstol la presenta nuestro Autor indicando unas relaciones muy singulares entre Pablo y la comunidad de Corinto. Y estas relaciones no vienen simplemente porque Pablo hiciera en Corinto «cosas importantes», pues también las había hecho «ante otras gentes». Y éstas, igual que los corintios, son testigos de que las hizo. Aquí está diciendo algo más: ¿qué significa el testimonio de la comunidad de Corinto, qué singularidad tiene, qué le hace distinto al de otras gentes? Pues que no se trata de ser testigos oculares de unos hechos de mayor o menor importancia, sino de que es la misma existencia de la comunidad de Corinto, sus personas, sus vidas, ellos mismos, el verdadero y evidente testimonio de su «obra apostólica».

Insiste de nuevo Pablo: «Porque el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor»³². Y otra vez nuestro Autor:

«Esto es: la demostración (απόδειξις). Pues si alguno quiere saber por qué soy apóstol, os presento a vosotros (υμῶν προβάλλομαι): todas las cosas que son propias de un apóstol os las he enseñado y ninguna he omitido»³³.

Los corintios son la «demostración» de por qué Pablo es apóstol. Con vosotros me he comportado como corresponde a un apóstol. Si alguien lo duda o lo niega, «os presento a vosotros» y, de esta forma, lo demuestro. Vosotros, vuestra comunidad surgida de mi predicación en vuestra ciudad, dicen y demuestran la legitimidad de mi apostolado.

Y termina el Apóstol: «Tal es mi defensa para los que me discuten»³⁴. A lo que comenta el Crisóstomo:

«Para los que quieran saber por qué soy apóstol;... para los que quieran demostrar que no soy apóstol, vuestra instrucción (ἡ υμετέρα κατήχησις) y lo que he de decir sirven como demostración y defensa (απόδειξις καὶ ἀπολογία γίνεται)»³⁵.

³¹Hom XXI, 171.

³²I Cor 9, 2.

³³Hom XXI, 171.

³⁴I Cor 9, 3.

³⁵Hom XXI, 171.

De nuevo repite el Crisóstomo la misma idea. Pero vemos que aquí se refiere a los corintios llamándoles *χατήχησις*.

Si nos fijamos en estos textos de San Juan Crisóstomo que hemos aducido, los corintios son para Pablo: «obra» (*ἔργον*), «demostración» (*ἀπόδειξις*) e «instrucción» (*χατήχησις*). Y estos tres elementos, más que de Pablo son «en el Señor» (*εν Κυρίω*).

Nos parece claro el pensamiento de nuestro Autor: Pablo aduce, como testimonio para la defensa de la validez de su apostolado, la Iglesia de Corinto que, nacida como fruto de su predicación apostólica, es más del Señor que suya; pero que es también obra suya, pues ante ellos realizó «cosas importantes», como «ante otras gentes»; pero ellos, al acogerla, forman la *χατήχησις*, pues siguen profundizando en el mensaje del Evangelio anunciado por Pablo.

Por eso, la existencia de «vuestra instrucción», que es «demostración» de mi «obra de apóstol», se convierte en signo visible de la predicación que realicé entre vosotros «en el Señor». Y esta es mi «defensa».

Y es por esto por lo que Pablo podrá decirles a los corintios que cuando vaya a ellos conocerá, no la palabrería, sino la fuerza³⁶, a lo que el Crisóstomo hace el siguiente comentario:

«No dice: conoceré la sabiduría ni los signos, sino ¿qué? No las palabras... Y se dirige a ellos que ocultaban al fornicario. Pues si se dirigiera a éste, no hablaría de fuerza (*δύναμιν*), sino de obras, que estaban corrompidas. Y ¿por qué no busca palabras? No porque carezca de palabras, sino porque lo nuestro está en la fuerza. Como en la guerra: la victoria no es de los que hablan mucho, sino de los que hacen mucho; así aquí también: la victoria no es de los que hablan sino de los que hacen. Mucho sabes por la elocuencia, dice; pero si se tratara de un concurso de retóricos, entonces tendrías razón; mas si se trata de los apóstoles que anuncian la verdad y la confirman con señales, ¿por qué te entonteces con hechos presuntuosos, que nada son y nada pueden aportar de valor? ¿Para qué sirve el alarde de palabras para resucitar a un muerto o para rechazar a los demonios o para hacer cualquier otro milagro?»³⁷

Pablo no va a buscar palabras ni retórica, que de nada sirven «para resucitar a un muerto o para rechazar a los demonios o para cualquier

³⁶Cfr. I Cor 4, 19

³⁷Hom XIV, 116.

otro milagro»; tampoco dice que busca obras, en general, pues entonces se podría referir también a las «obras corrompidas» del fornicario. Se refiere a unas obras muy concretas: a aquellas en las que hay manifestación de poder.

No es la predicación apostólica un juego de retórica, ni una exhibición de elocuencia; es, al contrario, el «anuncio de la verdad»; una verdad que, una vez acogida, obra la salvación y crea la comunidad. Es por eso por lo que Pablo recurre a su comunidad de Corinto: en ella tiene él, y pueden comprobar los demás, el signo de la validez de su tarea apostólica. La fuerza obrada por Dios en el ejercicio de su predicación apostólica confirma la autenticidad de su ministerio apostólico.

3. La δύναμις como signo

Detengámonos un poco en exponer el uso y el significado que, tanto en las Cartas paulinas como más en concreto en la I Cor, como posteriormente en la Homilías del Crisóstomo a ésta última, tiene el sustantivo δύναμις.

a) En San Pablo, en general:

El término δύναμις es especialmente querido por Pablo, quien, exceptuando las Cartas Pastorales y Hebreos lo emplea 46 veces³⁸. Su significado se acerca más «al contexto del Antiguo Testamento que al mundo griego»³⁹.

Con esta expresión Pablo designa:

- el poder de Dios que crea el mundo visible, como expresión de la fuerza divina cognoscible por la razón⁴⁰.
- la intervención de Dios en la historia a favor de Israel⁴¹.
- las promesas divinas de salvación⁴².
- la inclusión del pueblo de Israel en la economía de la salvación evangélica⁴³.

³⁸S. VIRGULIN, *La croce come potenza di Dio in I Cor, 1, 18.24*, en *La sapienza della croce oggi I*, Elledici, Torino-Leumann 1976, 144.

³⁹W. GRUNDMANN, δύναμις en GLNT II, 1966, 1529. L. A. Rood, *Le Christ comme δυναμις Θεου*, en *Littérature et Telogie paulinne, Recherches Bibliques V*, Desclée de Bouwer, Louvain 1960, 93 -107.

⁴⁰Rom. 1, 19 ss.

⁴¹Rom. 9, 17.

⁴²Rom. 4, 21; 9, 22; 2 Cor 9, 8.

⁴³Rom.11, 23.

— en Tesalónica la predicación del Evangelio fue acompañada de la manifestación del poder de Dios⁴⁴.

— en plural, significa los milagros⁴⁵ o las potencias celestiales⁴⁶.

— en cinco lugares aplica Pablo explícitamente el término δύναμις a la resurrección de Cristo⁴⁷.

b) En I Corintios:

Exceptuando los lugares que hemos citado anteriormente⁴⁸, el uso que, en la Carta que estamos estudiando, hace Pablo del sustantivo δύναμις es inequívoco. De las 8 veces que lo emplea, en 6 tiene la misma referencia: la fuerza divina.

— Θεοῦ δύναμις es Cristo crucificado⁴⁹, contenido esencial del kerigma apostólico. Como dice Virgulin, «el paso de la muerte a la vida es la máxima manifestación del poder divino: Cristo se convierte en δύναμις y puede ejercer en los hombres su influjo salvador»⁵⁰. «Si, en efecto, la iniciativa de la salvación sólo puede partir de la δύναμις infinita de Dios, Cristo resucitado posee la fuerza salvífica de Dios y puede comunicarla al que cree en El. Esta era la convicción de los discípulos y es el alma del kerigma neotestamentario»⁵¹.

Ahora bien, si es algo tan evidente la importancia capital que la resurrección tiene en la predicación de Pablo⁵², ¿cómo es que aquí, nos preguntamos con Penna, «no hay la menor alusión explícita a la resurrección de Cristo, sino sólo a su crucifixión?»⁵³. Podemos responder, siguiendo la exposición de Virgulin⁵⁴, diciendo que la expresión Θεοῦ δύναμις tiene un valor pascual: porque en ICor 1,24 el Χριστός ἐσταυρωμένος es proclamado Θεοῦ δύναμις. «Dios ha querido, escribe Penna, que su poder se desplegara ampliamente en el destino de la muerte de Cristo mediante la resurrección»⁵⁵.

⁴⁴I Thes. 1, 5.

⁴⁵ICor 12, 10.28.29; 2Cor 12, 12.

⁴⁶Rom. 8, 38

⁴⁷Rom. 1, 4; I Cor 6, 14; II Cor 13.4; Phil. 3, 10 y Eph. 1.19.

⁴⁸ICor 12, 10.28.29;6, 14.

⁴⁹I Cor 1, 24.

⁵⁰S. VIRGULIN, o.c. 145.

⁵¹Cfr. W. GRUNDMANN, o.c. p. 1541 ss.

⁵²Cfr. L. Cerfaux, La Résurrection du Christ dans la vie et la doctrine de saint Paul, en *Lumière et Vie* 3 (1952) 72, escribe que «el mensaje de Pablo quedará siempre como el mensaje del Cristo resucitado».

⁵³R. PENNA, La δύναμις Θεοῦ: Riflessioni in margine a I Cor 1, 18-25, en *RiBi* 15 (1967) 282.

⁵⁴S. VIRGULIN, *ibidem*.

⁵⁵R. PENNA, o.c., p. 290. Así piensa también E-B. ALLO, *Première Epître aux*

Podemos ver en la afirmación de Pablo en II Cor 13,4: «Porque aunque fue crucificado en su debilidad, vive por el poder de Dios»..., el mejor comentario a I Cor. 1,24.

– La δύνωμις es también el anuncio del kerigma⁵⁶, que no es palabrería humana, sino poder salvador, «tanto, comenta Penna, en el sentido de su contenido formado por una δύνωμις ya realizada por el Padre en Cristo Crucificado, cuanto en el sentido de su autor principal porque, hic et nunc, es Cristo quien actúa, llama y acoge»⁵⁷. Según esto, la predicación apostólica es la prolongación y como la actualización de la acción salvadora llevada a cabo realmente por Jesucristo mediante su misterio pascual. Se trata de dos momentos de un mismo hecho.

– En otras 4 veces que emplea Pablo este mismo sustantivo tiene la misma referencia al poder divino:

+ o nos dice que él, Pablo, como predicador, se presenta, no con palabras de sabiduría, sino ἐν ἀποδείξει Πνεύματος και δυνάμεως⁵⁸,

+ o afirma que la fe no se sustenta sobre la sabiduría humana sin ἐν δυνάμει Θεοῦ⁵⁹,

+ o les dice a los corintios que cuando se reúnan para decidir sobre el fornicario, le consideren presente σὺν τῇ δυνάμει τοῦ Κυρίου⁶⁰,

+ o, finalmente, cuando afirma que nuestra resurrección se hará διὰ τῆς δυνάμεως αὐτοῦ (Θεοῦ)⁶¹.

Las otras dos ocasiones se refieren al texto que está comentando el Crisóstomo⁶². Y nos parece necesario entender también aquí el sustantivo δύνωμις como fuerza divina. Pero sigamos oyendo a nuestro Autor:

«Que no está en la palabrería el reino de Dios, sino en la fuerza. Por signo, dice, vencemos, no por la elocuencia y, puesto que nuestra doctrina es divina y anunciamos el reino de los cielos, ofrecemos una gran prueba: los signos que hacemos por la fuerza del Espíritu. Si, pues, quieren ser importantes aquéllos que se han

Corinthiens, EB (1934)18: «La fuerza se revela sobre todo en la resurrección de Cristo, después del aparente abandono de Dios y de la muerte ignominiosa (cfr. II Cor 13, 4).

⁵⁶I Cor 1, 18.

⁵⁷R. PENNA, *o. c.* p. 292.

⁵⁸ICor 2, 4.

⁵⁹ICor 2, 5.

⁶⁰I Cor 5, 4.

⁶¹I Cor 6, 14.

⁶²ICor 4, 19.20.

hinchado, que muestren, cuando yo llegue, si tienen alguna fuerza; que no me den a conocer la altanería de las palabras: ese arte para nada sirve⁶³.

Aquí el Crisóstomo da al sustantivo *δυναμις* el significado de fuerza divina, como hemos visto que tiene en los otros textos de esta misma Carta paulina. Pues nos dice nuestro Autor que Pablo no quiere conocer palabrería ni discursos retóricos, porque todo esto de nada sirve, ya que «no está en la palabrería el reino de Dios, sino en la fuerza». Y nos preguntamos: ¿de qué otra fuerza puede hablar aquí Pablo, sino de la divina, cuando todo lo demás se ha rechazado porque nada puede para realizar esos signos prodigiosos? Es esta fuerza de Dios lo que busca Pablo y que se manifiesta en «los signos que hacemos por la fuerza del Espíritu». Y son precisamente ellos, los corintios, «mi obra», el signo mayor de esta fuerza divina y la «gran prueba» que él quiere conocer cuando les visite.

Por eso, cuando el Crisóstomo se plantea concretamente la cuestión de si ahora se dan signos o no, se expresa de este modo:

«Mas tal vez alguno de ellos podrá decir: si conviene que venza la predicación y no hay necesidad de palabras para que no se desvirtúe la cruz, ¿por qué ahora han cesado los signos? (τινος ἔβην τὰ σημεῖα κακάλυτοι νῦν). ¿Preguntas esto porque eres incrédulo y no crees que aquellos hechos se realizaron en tiempo de los Apóstoles? Si eres incrédulo te detendrás ahí, pues si entonces no se hicieron signos, ¿cómo perseguidos, miedosos... sin tener nada que sedujera..., sino todo lo contrario, ...persuadían? ¿Por qué eran dignos de fe? Pues si persuadieron sin signos, ¡aún parece mayor milagro!»⁶⁴.

Parte nuestro Autor del supuesto de que haga esta pregunta un incrédulo: «no cree que se realizaron aquellos hechos en tiempo de los Apóstoles». Pero, argumenta el Crisóstomo, hay algo que nadie puede negar, ni siquiera un incrédulo: la obra que hicieron los Apóstoles. A pesar de ser «perseguidos, miedosos..., sin nada que sedujera, sino todo lo contrario..., persuadían, eran hallados dignos de fe, ¡esto es mayor milagro!».

⁶³Hom XIV, 116.

⁶⁴Hom VI, 50.

Pero, fijémonos que aunque dice «sin signos» (σημείων χωρίς), lo que está diciendo es que, suponiendo que estos no se hicieran, no se puede negar lo que es un signo mayor: la obra que realizaron. Pues convencer con signos, es ya manifestación del poder de Dios; pero conseguir lo mismo, no ya sin signos, sino con todo lo contrario, convierte la ausencia de signos en el mayor y más elocuente de los signos.

Si, pues, viene a decir el Crisóstomo, admites que hubo signos, en ellos has de reconocer la fuerza de Dios que acompaña a la predicación; si, incrédulo, no lo admites, estás ante un signo mayor: haber conseguido persuadir a tantos, precisamente sin signos.

A continuación, nuestro Autor sale al paso de dos falsas conclusiones que se pueden sacar del hecho de que ahora no se den signos en la predicación:

«Y no deduzcas, porque ahora no se hagan signos, que antes tampoco se hicieron: entonces se hacían porque eran útiles, ahora no se hacen porque eso es lo útil. Ni hay que deducir, porque ahora sólo se persuade con la palabra, que ahora la predicación se basa en la sabiduría. Pues los que predicaban al principio eran ignorantes e indoctos, y nada decían de si mismos, sino de lo que percibían de Dios, eso comunicaron al orbe de la tierra; y de la misma manera nosotros ahora, no transmitimos cosas nuestras, sino lo que recibimos de ellos, esto lo decimos a todos. Y tampoco ahora persuadimos con silogismos, sino que atestiguamos a aquellos a quienes hablamos por las divinas Escrituras y por aquellos signos que entonces se hicieron (καὶ οὐδὲ νῦν ἀπὸ συλλογισμῶν πείθομεν ἀλλ' ἀπὸ τῶν Θεῶν Γραφῶν καὶ ἀπὸ τῶν τότε σημεῖων τὴν πίστιν ἧν λέγομεν παρεχόμεθα). Y ellos también entonces no sólo persuadieron con signos, sino también disputando (διαλεγόμενοι): las palabras se hacían más eficaces por los signos, esto es, además de por los testimonios del Antiguo Testamento, no por la habilidad de las palabras»⁶⁵.

Primeramente niega que se pueda hacer una argumentación «a pari»: si ahora no se hacen, tampoco se hicieron entonces. Porque, como dice nuestro Autor en el texto que acabamos de aducir, antes lo útil podía ser hacer signos y ahora el no hacerlos. Esto último, como veremos más adelante, es una concesión que, por ahora, hace el Crisóstomo, pues también ahora se dan signos.

⁶⁵*Ibidem.*

Después sale al paso de una dificultad que tiraría por tierra algo que ha estado presente continuamente, tanto en la Carta como en la doctrina de nuestro Autor: que la predicación no se basa en la sabiduría. Y no podemos menos de reconocer que lo hace con lógica.

Pues si al principio los predicadores eran «ignorantes e indoctos», no podían realizar su ministerio apoyados en una sabiduría que no tenían, sino que sólo predicaban «lo que recibían de Dios». Pero, se pregunta el Crisóstomo, ¿qué hacemos nosotros ahora? «No transmitimos cosas nuestras, sino que, las que recibimos de ellos, éstas las decimos a todos». Con lo cual vemos que, la posible ausencia de signos ahora, no nos lleva a concluir que anunciemos la predicación del Evangelio apoyados en sabiduría humana alguna.

Además, sigue diciendo, ellos también disputaban (διδασκαλοῦμενοι). Y confirmaban la verdad de sus palabras con los signos que hacían y con testimonios del Antiguo Testamento. De la misma forma nosotros podemos aducir estos testimonios de las divinas Escrituras y los signos que ellos hicieron entonces.

Y continúa el Crisóstomo, sin perder nada de su característico vigor argumental:

«Ahora puedes preguntar: ¿por qué entonces los signos eran útiles y ahora no? Supongamos que acepta el incrédulo, al menos para el tiempo de la discusión, asentir a lo que decimos, por ejemplo, que Cristo ha de venir. Cuando, pues, Cristo venga y todos sus ángeles con El, y Dios se manifieste que es y que todas las cosas le están sujetas, ¿no creará también el griego? Creerá, ciertamente, y adorará y dirá que Dios existe, a no ser que fuera extremadamente pertinaz. Pues ¿quién viendo los cielos abiertos y a El que viene entre las nubes, rodeado de todo el conjunto de Potestades superiores, manando ríos de fuego, y todos presentes y con temor, no adorará y valorará a Dios? Di ahora, por favor, ¿aquella adoración y aquel conocimiento le será reconocido al griego como fe? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque esto no es fe, es necesidad; y esto lo hizo la evidencia de las cosas que aparecen, no la decisión de la voluntad, sino que la mente lo realizó por la magnitud de las cosas que aparecen. De esta manera, cuanto más claras son las cosas que se aducen para creer, tanto más disminuye la fe. Por esto ahora no se hacen signos. Y para que veas que la cosa es así, oye lo que (Jesús) dice a Tomás: Biena-

venturados los que no vieron y creyeron⁶⁶. Pues cuanto más claro se presenta el signo, tanto más disminuye el mérito de la fe..Pues cuando admitimos aquellas cosas que no se las puede conocer por ningún raciocinio, entonces se da la fe⁶⁷.

Nos parece ver en esto un punto central en la doctrina sobre el signo, tanto en la Carta como en los comentarios del Crisóstomo. En nuestra opinión podemos afirmar que lo que conviene dejar claro no es la necesidad o no del signo, cosa que nadie niega, sino cuál es el signo válido. O, si se prefiere, se trataría de resaltar que el signo que Pablo ofrece, tanto a griegos como a judíos: Cristo crucificado⁶⁸, es realmente el único signo válido para que la predicación apostólica provoque en los oyentes la fe que la haga aceptable ante ellos.

Desde esta perspectiva entendemos el pensamiento del Crisóstomo: la cruz es el signo que acompaña a la predicación; y es válido, no por su evidencia humana, sino precisamente al contrario, porque ante su falta de evidencia, al hacer posible que la predicación sea aceptada, está manifestando claramente la *δυναμις του Θεου* que la hace eficaz. Y para reconocer esta fuerza divina, sí es necesaria la fe; sí queda claro que la predicación es divina.

Pero sin negar lo que acabamos de decir, hemos de reconocer que también ahora se dan signos:

«Por otra parte, si buscas signos los puedes encontrar, aunque no sean exactamente los mismos»⁶⁹.

Anteriormente nos había dicho el Autor que los testimonios del Antiguo Testamento y los signos obrados por los Apóstoles eran válidos para la predicación que actualmente se realiza. Ahora da un paso más y nos dice que, aunque no sean los mismos, también se dan signos en nuestros días. Sobre éstos trataremos a continuación.

4. Las predicciones como signo

De estos signos que podemos encontrar y comprobar en cualquier

⁶⁶Ioh 20, 29.

⁶⁷Hom VI, 51.

⁶⁸Cfr. ICor 1, 23.

⁶⁹Hom VI, 51.

momento de la historia del Cristianismo y, por supuesto, también en nuestros días, habla el Crisóstomo refiriéndose a las predicciones que, en aras de la claridad de exposición, nos ha parecido dividir en dos grupos: el primero, sería el formado por las predicciones que ya se han cumplido; el segundo, por las que se están cumpliendo ahora y que seguirán cumpliéndose hasta el fin del mundo.

Así nos expone el Crisóstomo el primer grupo:

«...Las innumerables predicciones sobre variadísimas cosas, la conversión del orbe, la filosofía de los bárbaros, el cambio de las costumbres de los salvajes, la difusión de la piedad»⁷⁰.

Todo esto es históricamente constatable: la predicación apostólica supone un profundo y extenso progreso de cambio en las personas, las costumbres, las culturas que, negarlo, es absurdo. Pero nuestro Autor insiste, descendiendo a detalles más concretos y como llevando a los oyentes a reconocer el signo, pero sin poder dar una satisfactoria explicación humana a su fuerza y eficacia:

«Y dirás, ¿cuáles predicciones? Pero si todas las cosas que hemos enumerado fueron predichas después que sucedieran.

Dime, ¿cuándo, dónde, por quién? Y ¿cuántos años hace?, ¿cincuenta o cien? Hace cien apenas había sido escrito nada. Mas, ¿cómo el orbe retuvo los dogmas y otras muchas cosas para las que la memoria es insuficiente? ¿Cómo supieron que Pedro fue clavado en un madero? ¿Cómo les vino a la mente, para predecirlo a la posteridad, por ejemplo, que el Evangelio había de ser predicado en todo el orbe?

Los que entregaron su vida por la predicación, ¿cómo iban a consentir una predicación adulterada? ¿Cómo se daba crédito a los escritores si no había signos? ¿Cómo llegaron los escritos hasta los límites de los bárbaros y de los indios y hasta los confines del Océano, si los que escribían no eran dignos de fe?

¿Quiénes eran los escritores y cuándo y dónde? ¿Por qué escribieron? ¿Para conseguir gloria? Y ¿por qué los escribieron con otros nombres? Pero esto lo hicieron para hacer valer el dogma: ¿como verdadero o como falso? Si como falso, no parece que fueran atacados; si como verdadero, no se necesita la ficción, como tú dices»⁷¹.

⁷⁰Ibidem.

⁷¹Ibidem.

Vemos cómo, ante la posible duda o negación del valor de estas predicciones, como signo de la fuerza divina que opera en ellas, el Crisóstomo hace una serie de preguntas para demostrar la inconsistencia de esa actitud. Fue tan grande el cambio que la predicación del Evangelio realizó en todo el mundo, que es imposible explicarlo sin reconocer la fuerza divina de la cruz, salvo que se pudiera aducir, de forma concreta y verificable, a quién y cuándo se puede designar como autor de tan importante obra.

Se trata de un argumento moral, ya que no se puede identificar tal evento con una persona y un momento concreto, sino que es necesario recurrir al testimonio de innumerables responsables de tal aventura y contemplarlo a lo largo de toda la historia del Cristianismo.

Señalar una persona o un momento determinado, además de inexacto, es ofrecer un dato completamente desproporcionado con la magnitud de lo que aconteció. Pues fueron todos solidariamente y cada uno en su momento, los que realizaron tan gran transformación. Pero tanta unanimidad en las personas y en el tiempo es inexplicable si una fuerza divina no estuviera actuando y promoviendo incesantemente tal empresa de verdadera conversión de los hombres, del mundo y de la historia.

5. La Iglesia como signo

A continuación nos habla nuestro Autor de lo que hemos venido en llamar segundo grupo, es decir, de las predicciones que también ahora están teniendo *fiel* cumplimiento.

Y, en realidad, sólo nos habla de una: la existencia de la Iglesia a través de la historia. De una Iglesia encargada de extender el Evangelio por toda la tierra. De una Iglesia donde las mentes se iluminan con el resplandor de una nueva sabiduría. De una Iglesia donde florece por doquier la auténtica virtud. De una Iglesia, en fin, cuya tarea es hacer que poco a poco, los hombres acepten vivir bajo el «suave yugo» del Señor.

Pero, sin duda, será mejor que oigamos lo que nos dice el Crisóstomo:

«Hay otras predicciones, que abarcan desde el principio hasta su venida, que puedes examinar como quieras⁷³.

⁷²Mt 11, 30.

⁷³Se refiere el Crisóstomo expresamente a Mt 28, 20; 16, 18; 24, 14; 26, 13.

Si todo esto era falso, ¿dónde está la verdad de estas predicciones? ¿Cómo las puertas del infierno no prevalecieron contra la Iglesia? ¿Cómo es que Cristo está siempre con nosotros? Si, pues, no estuviese con nosotros, la Iglesia no hubiera vencido. ¿Cómo es que el Evangelio se ha de extender por toda la tierra? Mas son suficientes los que disputaron contra nosotros como testimonio de la antigüedad de nuestros libros, por ejemplo, Celso y Bataneontes, que vino después de él; y no contradecían los (libros) que se habían editado después de aquéllos, sino, al contrario, todo el orbe lo recibió con unanimidad. Verdaderamente todo esto sería imposible si no estuviera la gracia del Espíritu Santo... ¿No ves todo el orbe que se acerca (a la fe)? ¿Cómo el error se extingue, cómo la filosofía de los monjes resplandece más que el sol? ¿No ves el coro de las vírgenes? ¿Observas a los bárbaros cómo acogen la religión? ¿No ves a todos sometidos al mismo yugo?»⁷⁴.

A través de un largo razonamiento el Crisóstomo facilita la conclusión que, de forma gradual, se va entreviendo: la existencia de la Iglesia es, para ellos y para cualquier observador imparcial de cualquier época, la expresión más clara de la fuerza divina que actúa en el signo contradictorio que acompaña la predicación apostólica: Cristo crucificado.

«Si Cristo no estuviera con nosotros la Iglesia no hubiera vencido». En la descripción que hace el Crisóstomo presenta a sus oyentes el triunfo y la victoria de la Iglesia en todo el mundo: se aceptan los libros, testimonios fieles de la predicación; la filosofía de los monjes, es decir, la filosofía de la vida virtuosa, cada día ilumina más la vida de los hombres; el coro de las vírgenes resalta y pregona los valores del Reino; los paganos abandonan su vida mundana y acogen la fe; es toda una auténtica aventura y una indecible victoria que «sería imposible, si no estuviera la gracia del Espíritu Santo».

No habla, a nuestro entender, de dos cosas distintas. Porque ahí está realmente la fuerza del signo que hace posible la extensión de la Iglesia: ¿no es a Cristo crucificado al que anuncia la predicación apostólica? ¿cómo es que está con nosotros? Es la gracia del Espíritu quien le resucitó y le hace presente, vivo, en la Iglesia. Por consiguiente, ya se emplee una expresión u otra, estamos diciendo lo mismo.

Queda, pues, la Iglesia como ámbito de la presencia de Cristo entre nosotros y como signo de la acción del Espíritu Santo. De ahí que sean

⁷⁴Hom VI, 52.

frecuentes las referencias a la Iglesia que Pablo hace en la Carta: 22 veces la nombra expresamente, con el término, además de otras alusiones a ella por medio de imágenes, como «cuerpo», «edificio», etc. Y es interesante comprobar que, en la variedad de estas expresiones, se van perfilando los distintos aspectos o características de la Iglesia.

En cuatro aspectos Pablo se refiere a la Iglesia:

- a) considerada como Iglesia universal⁷⁵.
- b) como la Iglesia que está en una región concreta⁷⁶.
- c) a la Iglesia presente en una determinada ciudad⁷⁷.
- d) incluso a la Iglesia que se reúne en una casa⁷⁸.

Con esto no queremos decir que en I Cor aparezca ya una eclesiología desarrollada, como aparecerá en las Cartas de la Cautividad y en las Pastorales. Por otra parte, tampoco es este el tema de nuestro trabajo. Pero sí vemos expresadas por Pablo algunas líneas de pensamiento eclesiológico que serán fundamentales en la posterior elaboración de la teología sobre la Iglesia. En la I Cor. predomina la inmediatez de los problemas que plantea una comunidad cristiana que nace y la fuerza y el entusiasmo de lo que se está todavía iniciando.

A modo de ejemplo y como ilustración de lo que acabamos de afirmar, resaltamos las siguientes ideas eclesiológicas que, a nuestro entender, aparecen claramente en esta Carta paulina:

1. La Iglesia Universal está en la Iglesia particular y todas éstas son la misma Iglesia⁷⁹.

San Juan Crisóstomo, desde el principio de su primera Homilía a I Cor, deja clara su postura sobre el sentido que, para él, tiene en esta Carta el concepto *ἐκκλησία*:

«Pues aun cuando las cartas se escribieron sólo a los corintios, sin embargo recuerda a todos los fieles de toda la tierra, indicando que la Iglesia debe ser una en el orbe, aunque separada en muchos lugares»⁸⁰.

⁷⁵En este sentido la emplea 17 veces:

-11 en singular: 4, 17;6, 4;10, 32;11, 22;12, 28;14, 4.5.12.19.23.28.35:15, 9.

-4 en plural, con la expresión de: *«Iglesias de Dios»: 11, 16.

*«Iglesias de los santos»: 14, 33. *«Todas las Iglesias»: 7, 17;13, 34.

⁷⁶Se refiere el Apóstol a las Iglesias que están en Galacia: 16, 1. Asia 16, 19.

⁷⁷La referencia es lógicamente a la ciudad de Corinto: 1, 2 y 11, 18.

⁷⁸Se refiere a la Iglesia que se reúne en casa de Aquilas y Priscila: 16, 19.

⁷⁹Cfr. I Cor1, 2;11, 16;14.13.34;16, 1.19.

⁸⁰Hom I, 13.

Entiende nuestro Autor que Pablo siempre habla de la misma y única Iglesia. La referencia al lugar(orbe o Corinto) es consecuencia lógica de la condición humana de sus miembros: se les puede considerar viviendo en un lugar determinado o dispersos por todo el orbe. No afecta, por tanto, a la significación del término, sino que es simple referencia geográfica por necesidades de la misma narración.

En I Cor, el término, ἐκκλησία empleado en cualquiera de las acepciones a que antes nos referíamos: Iglesia universal, local o incluso doméstica, y sea cual fuere la forma gramatical empleada: singular o plural, con o sin artículo, etc., en cualquiera de estos casos el significado es, en definitiva, el mismo; la Iglesia querida y fundada por Cristo, aunque, como es lógico, cada uno de estos modos gramaticales subraye un aspecto o ponga más acento en una u otra acepción del término. En este sentido se han decantado los diversos autores al explicar el significado que Pablo da al sustantivo ἐκκλησία: A. Medebielle⁸¹, Cremer-Kögel⁸², K. L. Schmidt⁸³, y otros.

El término ἐκκλησία en Corinto ha sufrido el influjo del mundo griego: en su significado cristiano popular (la comunidad cristiana) se ha introducido la fraseología griega de las reuniones en asamblea y, por esto, la ἐκκλησία significa asamblea, primera y directamente, para designar después las Iglesias locales y terminar con el significado de Iglesia universal⁸⁴.

2. La causa de la unidad de la Iglesia es que toda ella es «del señor»⁸⁵.

El tema de la unidad es posiblemente uno de los que el Crisóstomo trata con más frecuencia y vigor a lo largo de sus Homilías sobre esta Carta. Comprobemos algunas de sus afirmaciones:

«La Iglesia debe ser una en el orbe, aunque en muchos lugares dispersa, y mucho más la que está en Corinto. Pues si el lugar separa, el Señor los une, pues es común a todos... No digo, pues, dice, que vosotros, que estáis en Corinto debéis estar unidos sólo

⁸¹A. MEDEBIELLE, *L'Eglise* en DBS II, 1934 col 634. Citado por K. L. Schmidt, ἐκκλησία en GLNT IV, 1968, p. 1494.

⁸²Cfr. Ibidem. 1505-1506.

⁸³Cfr. L. CERFAUX, *La teologia della Chiesa secondo san Paolo*, Ave, Roma 1968, 133, 202-204.

⁸⁴I Cor 10, 32; 11, 22; 15, 9.

⁸⁵I Cor 10, 32; 11, 22; 15, 9.

con los corintios, sino con todos los que viven en el mundo, pues tenéis en común al Señor»⁸⁶.

Distingue el Crisóstomo en la Iglesia un doble elemento: uno diferenciador y otro unitivo. Diferenciador: todos los cristianos que habitan en las distintas regiones y ciudades repartidas por todo el orbe; unitivo: el mismo Señor, que forma, está y de quien son todas esas comunidades dispersas. Es la fuerza y raíz de su unidad.

Y nuestro Autor refiere este elemento de unidad, el Señor, en un doble sentido: une entre sí a los miembros de una misma comunidad y, a la vez, une a todas las comunidades que existen esparcidas por toda la tierra.

3. La Iglesia es una comunidad de salvación: los que la forman son *ἀγίοι*⁸⁷ y llegan a ella los *κητοῖ*⁸⁸.

También San Juan Crisóstomo se hace eco de esta característica que señala San Pablo en ICor como inherente a la Iglesia, cuando afirma:

«¿Qué es la santificación? Lavatorio, purgación. Les trae a la memoria su pecado del cual les libró, y aconseja que sientan humildemente: pues han sido santificados, no por sus buenas obras, sino por la clemencia de Dios»⁸⁹.

Pertenecer a la comunidad cristiana no es motivo de orgullo, sino de agradecimiento, pues en ella se realiza la salvación. No son las buenas obras las que nos santifican, sino la clemencia de Dios. Por eso el Crisóstomo explica las palabras del Apóstol como una invitación a que sientan humildemente y no olviden su origen, es decir, «su pecado del cual les libró» el Señor.

Como la Iglesia es la comunidad de los «santificados», Pablo hablará también de que sus normas se cumplan en Corinto como *εν ταῖς ἐκκλησίαις τῶν ἁγίων*⁹⁰ y los que la forman son los *ἀγίοι*⁹¹.

4. En la Iglesia existe una autoridad sobre todo en lo que concierne a la predicación apostólica y al contenido de la fe⁹².

⁸⁶Hom I, 13.

⁸⁷ICor 1, 2;6, 1 s.

⁸⁸ICor 1, 2.24.

⁸⁹Hom I, 13.

⁹⁰ICor 14, 33-34.

⁹¹ICor 1, 2.

⁹²ICor 4, 8-21;9, 11 s;11, 16.

Cuando el Crisóstomo comenta el texto de Pablo en el que el Apóstol se refiere a la visita que, en su nombre, les hará Timoteo⁹³, dice:

«...Por lo cual no tuvo bastante con decir: traerá a la memoria, sino... añadió: mis caminos. No los suyos, sino los míos; esto es: los planes, peligros, costumbres, leyes, preceptos, cánones apostólicos y todo lo demás»⁹⁴.

Nuestro Autor nombra aquí a un conjunto de medidas que el Apóstol emplea en su misión evangelizadora. Y no sólo en Corinto, sino «en todas las Iglesias». Se trata, pues, del ejercicio de una verdadera potestad con la que Pablo gobierna las comunidades cristianas.

5. La idea de la Iglesia se expresa con la imagen de *σῶμα*, indicando la unidad de los que forman la Iglesia, a la vez que las distintas funciones de cada uno, con un fin común⁹⁵.

Nuevamente el Crisóstomo, tomando pie de esta imagen que emplea Pablo, insiste en el tema de la unidad de la Iglesia, sin olvidar el elemento que hemos dado en llamar diferenciador:

«Pues se es del cuerpo o no se es, no porque uno esté colocado en este lugar o en el otro; esto del lugar sólo indica la diferencia; mas el estar unido o no: pues ser o no ser cuerpo resulta de esto: de que se esté unido o no»⁹⁶.

Directamente nuestro Autor presenta el tema en lo que éste tiene de fundamental: se es o no se es cuerpo. Y esto sólo se soluciona de una manera: estar unido. Esto es lo esencial. Luego vendrán las diferencias: estar en este o en aquel lugar del cuerpo: eso no pertenece a la vida del miembro, sino a la función.

Y, en otro texto, dice también el Crisóstomo:

«En parte⁹⁷, esto es, que vuestra Iglesia es parte de aquella Iglesia que está en todas partes, y del cuerpo que está formado por todas las Iglesias; de manera que, no sólo entre vosotros, sino en toda la

⁹³ICor 4, 17.

⁹⁴Hom XIV, 116.

⁹⁵ICor 12, 12-27.

⁹⁶Hom XXX, 252.

⁹⁷Comenta San Juan Crisóstomo el texto de ICor 12, 27: «Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte».

Iglesia que está en todo el orbe, debéis tener paz, si es que sois justos, si sois miembros de todo el cuerpo»⁹⁸.

En este texto aplica nuestro Autor a la Iglesia la imagen paulina de cuerpo, resaltando el doble sentido en el que se ha de entender la unidad de la Iglesia: los miembros entre sí y la comunidades entre sí. Y esto lo hace, no como quien trata un tema tangencial o accesorio, sino planteando la cuestión de ser o no ser de la Iglesia: "si sois miembros de todo el cuerpo». Es como si dijera: si no vivís esta unidad, esta «paz», no sois miembros, y si no sois miembros, no sois cuerpo, y si no sois cuerpo, no sois Iglesia.

Esta imagen de cuerpo no es ajena en Pablo a la realidad del Cuerpo del Señor: «Para él (Pablo), la Iglesia, de manera misteriosa, es verdadero cuerpo de Cristo, si bien en una forma propia de existir y manifestarse. Efectivamente, en el Nuevo Testamento, y particularmente en Pablo, el cuerpo no puede sin más identificarse con lo material del mismo (σῶμα), sino que significa la aparición visible, aquí abajo ligada generalmente al cuerpo, de una realidad esencial interna, generalmente personal; de ahí que la Iglesia, como cuerpo de Cristo, es el modo social de existir del Señor que pervive y obra pneumáticamente abajo, a la manera como Cristo toma en la Eucaristía un modo de existir sacramental. Como no puede afirmarse —supuesta la presencia real—, que en la Cena del Señor el pan bendecido sea otro cuerpo de Cristo distinto del que fue crucificado y está ahora glorificado en el cielo⁹⁹; así tampoco la Iglesia, si ha de ser realmente el cuerpo de Cristo, no puede tampoco ser otro, sobre todo cuando en ICor 10,17 se atestigua expresamente la unidad fundamental del cuerpo eucarístico y eclesial del Señor¹⁰⁰.

6. También es muy elocuente la imagen de edificio o construcción οἰκοδομη¹⁰¹, que añade a la idea de unidad la categoría espacial.

En este sentido escribe E. Schweizer: La Iglesia «es el ámbito de bendición, en el que el Crucificado sigue influyendo, y el ámbito de soberanía en el que también el Resucitado sigue actuando»¹⁰².

Aprovecha también el Crisóstomo esta imagen paulina de «edifica-

⁹⁸Hom XXXII, 264.

⁹⁹Cfr. ICor 10, 16; 11, 27.

¹⁰⁰J. B. BAUER, Iglesia en DTB, 488-489.

¹⁰¹I Cor 3, 9; cfr. 10, 23.

¹⁰²E. SCHWIZER, *Gemeinde und Gemeindeordnung im Neuen Testament*, Zwingli, Zurich 1959, 83.

ción» para insistir en el tema de la unidad. Oigamos uno de sus varios comentarios al respecto:

«La edificación no es del artífice, sino del amo. Si, pues, sois edificación, no conviene que estéis divididos, pues en ese caso esto no sería edificación»¹⁰³.

En este breve texto, nuestro Autor aduce dos razones para hacer ver la absoluta necesidad de la unidad de la Iglesia: por una parte dice que la edificación «no es del artífice, sino del amo». Con esto deja claro que la Iglesia es de Dios y sólo quien ha recibido de El la misión de regirla, puede disponer y decidir dentro de ella. Por otra parte, el mismo concepto y realidad de la «edificación», materialmente considerada, si sus elementos están separados, no se sostiene, no es un edificio, sino simplemente un montón de ruinas.

7. Aunque los cargos y ministerios institucionalizados pertenecen a una época posterior, sin embargo ya se habla en ICor de cómo el Espíritu obra en la Iglesia los distintos ministerios y carismas¹⁰⁴.

Así explica el Crisóstomo la razón de los carismas y sus efectos, con frecuencia negativos, en la comunidad de Corinto:

«¿Qué sucedía entonces? Cuando alguno se bautizaba, enseguida hablaba en lenguas, y no solamente en lenguas, sino que incluso muchos profetizaban y otros manifestaban otros muchos poderes. Mas como llegaban de los ídolos y no conocían nada con claridad, ni habían sido educados en las antiguas Escrituras, enseguida los bautizados recibían el Espíritu, pero, como es invisible, no le veían y la gracia obraba algún signo visible que fuese prueba de su acción e inmediatamente uno hablaba la lengua persa, otro la romana, otro la hindú, otro cualquier otra, y esto demostraba a los de fuera que el Espíritu Santo estaba en el que hablaba.

Como los Apóstoles recibieron al principio este signo, también los fieles recibieron el don de las lenguas; y no sólo éste, sino otros muchos. Pues también muchos resucitaban a los muertos y expulsaban demonios y hacían admirablemente otras muchas cosas. Y algunos tenían pocos dones, pero otros tenían muchos; pero el don que más tenían era el don de lenguas. Y esta fue la

¹⁰³Hom VIII, 72.

¹⁰⁴ICor 12, 4-11; cfr. 12, 14-25.

causa del cisma entre ellos, no por su propia naturaleza (del don), sino de los que los recibían con espíritu desagradecido. Pues los que tenían más, actuaban contra los que tenían menos; y éstos, a su vez, se ofendían y envidiaban a los que tenían más... De ahí que recibieran una plaga mortal, mientras desaparecía la caridad entre ellos»¹⁰⁵.

En Corinto la presencia de los carismas fue, desde el principio, un hecho común que garantizaba, sobre todo para los que aún no habían recibido la fe, la verdad de la acción de la gracia recibida en el bautismo. El bautizado recibía en el sacramento al Espíritu Santo, pero, «como es invisible», su presencia se hacía ostensible mediante la manifestación de los carismas, sobre todo el don de lenguas.

Sin embargo, como señala el Crisóstomo, no era la existencia de estos carismas en la comunidad, sino el recibirlos con «espíritu desagradecido», lo que les llevaba a una soberbia y a una competitividad absurdas. Esto hacía que llegaran incluso a ofenderse entre ellos y a dar paso a la envidia, sobre todo en aquellos fieles que se creían menos beneficiados por estos dones. De esta forma, «desaparecía la caridad entre ellos» y la vida de la comunidad recibía un golpe mortal.

Buen conocedor de esta situación, Pablo les dará, después de unos criterios muy claros sobre el sentido, la importancia y el uso de los carismas, un sabio consejo: «aspirad a los mejores dones. Pero quiero mostraros un camino mejor»¹⁰⁶; es bueno ser enriquecidos con los dones del Espíritu; pero es mejor vivir la caridad, andar los caminos del amor.

Hemos querido expresar, con esta exposición que acabamos de hacer, la importancia que en la Carta paulina, objeto de nuestro trabajo, tiene el tema de la Iglesia que, signo de la acción de Dios en la historia, nos presenta el testimonio claro de la verdad de la predicación apostólica.

Ya al principio de este capítulo hablábamos de la necesidad del signo para que el anuncio del Evangelio sea aceptado con sinceridad de corazón y claridad de mente. Y esta es una exigencia justa, tanto por la naturaleza del mensaje, que si se dice divino, debe ir acompañado del signo o de los signos que lo avalen como tal; como por la naturaleza humana que, en el acto de la fe debe prestar una obediencia siempre razonable, aunque no racional. Y el que deba ser razonable exige el signo que

¹⁰⁵Hom XXIX, 239-240.

¹⁰⁶I Cor 12, 31.

garantice la verdad divina que se anuncia al hombre mediante la predicación apostólica. Y, en este punto, nos parece oportuno hacer nuestra la afirmación de E. Bouларand: «para satisfacer esta legítima exigencia, el Crisóstomo señala como un solo (signo), pero espléndido: el milagro de la Iglesia»¹⁰⁷.

No queremos acabar este apartado sin traer dos ejemplos de San Juan Crisóstomo sobre el tema que estamos viendo. En los dos Pablo corrige el comportamiento incorrecto que, según la información que le ha llegado, se da en Corinto. Uno de ellos es el escándalo del incestuoso y el otro, el modo de celebrar el ágape que precedía a la celebración de la eucaristía.

Cuando Pablo habla de este lamentable caso, «que ni siquiera entre los gentiles» se da, no se dirige directamente al que tal hizo, sino que hace responsables a todos¹⁰⁸. Nuestro Autor lo expresa, a nuestro juicio, de una forma muy significativa:

«Se ha cometido un pecado en la Iglesia de los corintios»¹⁰⁹.

Lo que Pablo está indicando al hacer responsable a toda la comunidad del pecado que corrige, San Juan Crisóstomo lo afirma de un modo más directo, como vemos en su texto.

Se trata, pensamos, para nuestro Autor, de un pecado cometido por una persona, pero que, al ser miembro de la comunidad cristiana, es toda la Iglesia la que realmente es responsable de esa acción. La comunidad no es inmune al comportamiento de sus miembros, sino al contrario, es en el seno de ella misma donde se realiza esa acción y, por consiguiente, es toda ella la que se ve implicada en esa conducta. Por eso San Pablo les echará en cara que, «no se han puesto de luto», ni «han quitado de en medio»¹¹⁰ al que tal cometió.

Podemos decir que, para nuestro Autor, toda la Iglesia participa del mal, como evidentemente, toda la Iglesia es signo e instrumento de salvación.

Desde cualquier perspectiva que se le mire, positiva o negativa, la vida del cristiano tiene una dimensión eclesial, puesto que es en el seno

¹⁰⁷E. BOULARAND, *La venue de l'homme à la foi, d'après saint Jean Chrysostome*, Analecta Gregoriana 18, Romae 1939, 101.

¹⁰⁸ICor 5, 1-2.

¹⁰⁹Hom XV, 121.

¹¹⁰ICor 5, 2.

de la Iglesia donde resuena toda acción que, aunque realizada individualmente, deja por eso de ser exclusivamente individual.

Nos parece que la elección que aquí hace el Crisóstomo del verbo *γίνομαι*, en lugar de cualquier otro, v.gr. *ποιεω* o *μαρτυρω*, indica la importancia del acontecimiento que nuestro Autor quiere resaltar en ese pecado, precisamente por su carácter inevitablemente eclesial.

Vemos, pues, que es la Iglesia, en el pensamiento del Crisóstomo, la que aparece como referencia cualificada, en definitiva, del comportamiento del cristiano.

Otro texto, a modo también de ejemplo, que nos parece significativo, es el que corresponde al comentario de San Juan Crisóstomo a la corrección que hace Pablo a la comunidad de Corinto respecto a sus reuniones para celebrar la Eucaristía. Los abusos que allí se cometen, que podríamos resumir en la falta de unión y de amor fraterno, sobre todo en los pobres, Pablo los refiere, en última y principal instancia, a que con ese proceder se desprecia a la Iglesia¹¹¹.

Comenta a este respecto nuestro Autor:

«¿Ves cómo pasa a la Iglesia la acusación de ultraje a los pobres, para hacer así más grave su discurso?... Pues no sólo los pobres, sino también la Iglesia es afectada por el ultraje»¹¹².

De nuevo se repite la doctrina del Crisóstomo sobre la resonancia eclesial del comportamiento cristiano. Y, dice nuestro Autor, que Pablo se refiere a la Iglesia «para hacer así más grave su discurso». Si era grave para un cristiano ofender a un hermano, lo es más si éste es pobre, pues con él se ha de vivir de modo más efectivo el amor fraterno traducido en compartir también los bienes materiales; y esta gravedad se hace más condenable porque en esa acción egoísta es la Iglesia a la que verdaderamente se ultraja.

Pensamos que lógicamente en cualquiera de los dos ejemplos que hemos aducido, aunque se trate de comportamientos incorrectos, bien de una persona o bien de algunos de un grupo con otros de ese grupo, lo que realmente está allí presente es la Iglesia, pues ésta no es otra cosa que ellos mismos, en cuanto que, convocados por la palabra anunciada por la predicación apostólica, se convierten en comunidad de salvación, en Iglesia de Dios.

¹¹¹Cfr. ICor 11, 20-22.

¹¹²Hom XXVII. 228.

El signo de salvación que es la Iglesia aparecerá con más o menos claridad, según sea la santidad de vida de los que la forman y constituyen. De ahí el daño que un comportamiento incorrecto, aunque sea de un solo miembro, infiere a toda la Iglesia. Es por esto, por lo que decimos que nos parece de gran importancia comprobar cómo el Crisóstomo resalta la dimensión personal y eclesial, a la vez, de la vida del cristiano.

Y, en cuanto que la vida del cristiano tiene esa necesaria dimensión social, se convierte, junto con la del resto de los miembros de la Iglesia, en signo, claro u opaco, de la intervención de Dios en el laborioso y cotidiano que hacer apostólico del anuncio del κήρυγμα.

Francisco Rubio Miralles
PARROCO DE SANTIAGO APOSTOL
PLIEGO (MURCIA)